

Marinas, Miguel, *El ajá del traductor. Experiencias y versiones*. Con un comentario y versiones de Pablo Marinas. Madrid: Libros de la resistencia 2021. 239 pp.

Dice el *Diccionario de la lengua española* de la RAE que “ajá” es una interjección coloquial usada “para denotar satisfacción, aprobación o sorpresa”. Y el autor, en el texto que abre el volumen, ofrece una explicación ajustada a la traducción: “Es sorprendente traducir porque toda la tarea está orientada a lo que podemos llamar el ‘ajá’ del traductor. Es un momento en el que juntando lo razonable, lo argumentable, notas que eso queda superado y aparece un equivalente que es más que una mera correspondencia: es ajá, ¡eso es! Y en ese momento ves que no estás poniendo algo parecido sino algo que es eso mismo que dice la lengua de la que estás traduciendo y al tiempo es una cosa nueva en el mundo. No es exagerado. Es el momento poético de la escritura de quien traduce. No es lírico ni pedante, ha de ser justo y esa justeza es la que te llena y produce un texto nuevo” (p. 9). ¿Qué traductor no ha sentido exactamente eso en alguna ocasión? ¿Cómo, pues, no seguir leyendo?

El profesor José Miguel Marinas Herrera, catedrático emérito de Ética y Filosofía Política de la UCM, ha trabajado principalmente en el análisis de la cultura de consumo (códigos, conflictos, valores) y en las relaciones entre construcción narrativa de la identidad y las nuevas formas del vínculo político. Pero, además, al profesor Marinas le apasiona la lengua y la tradición oral (sin escucha no hay relato), lo que, a su vez, nos lleva a su actividad como traductor y a su convencimiento de que los idiomas son formas de vida, literatura, formas de hablar, de cantar, de soñar, de querer... Es traductor de filosofía, psicología, sociología, psicoanálisis, entre otros de Lacan, Montaigne o Barthes. A propósito de este último, en “Una entrevista con Miguel Marinas” de Eloísa Otero en *Peatom* (<http://www.peatom.info/3y3/libros/17193/el-centro-del-espanol-no-esta-en-espana/>), decía (abordará esta cuestión en el capítulo sexto del presente libro) que él “blasfemaba de las traducciones de Barthes de la editorial Siglo XXI, porque eran malas y muy abruptas, y la vida misma se encargó de vengarse de mí, ya que al final me encargaron la revisión de *El placer del texto* y de *La lección*. Y ahí me vi, corrigiendo a supuestos maestros de las letras mejicanas y argentinas que lo habían traducido antes”. Aquel volumen vio la luz en 2007. Su experiencia como traductor también le ha hecho “pensar” la traducción (o, tal vez, fue al revés), que entiende como un enfrentarse a las lenguas y a la escritura, por un lado, y a la intermediación cultural, por otro, en lo que supone una práctica que nos hace más tolerantes y respetuosos. Buena muestra de su interés por la lengua son algunos de sus títulos más destacados, como, por citar solo algunos, *La razón biográfica. Ética y política de la identidad* (Biblioteca Nueva 2004), *Los nombres del Quijote. Una alegoría de la ética moderna* (Ed. Calamar 2006), o *Palabra dada: la escucha en la historia oral* (Síntesis 2007).

Estamos ante un libro de la experiencia, de una mirada atrás, a la lucha con los conceptos, con la vida, para seguir avanzando. Y así el primer capítulo (¿cómo empezar el libro de otra forma?) es “1. Oficio de traducciones” (pp. 13-35), en el que se presentan algunas dimensiones del ejercicio de la traducción, desde un punto de vista personal, y se explican los dos sentidos de “ajá”: una suspensión del discurso que controla y valora; una escansión, una medida, que dota de sentido todo el proceso. Y estos dos sentidos comportan dos usos: uno de tipo filosófico, ligado a la noción de *insight* del filósofo Lonergan; otro de la sesión de análisis. Y tras ello se ocupa de la ética de la traducción, de la ciencia de lo particular y de los intraducibles. Sigue “2. Primeras mezclas” (pp. 37-58), que no son otra cosa que los primeros intentos translaticios, que van de las *inscripciones*, como versiones de lo hablado a lo escrito, las adivinanzas, las glosas, las jarchas... En “3. Las tijeras, la corteza, el símbolo del nombre” (pp. 59-89) atiende a las operaciones centrales de la escritura que traduce o versiona, a saber, cuando se escribe quitando y no poniendo (tijeras), cuando se atiende a la pura superficie de lo escrito o del escribir (la corteza de la letra), y cuando se atiende a los nombres como condensaciones de experiencias y textos anteriores (el símbolo del nombre). A la que denomina la “invención americana”, como proceso de intercambio e interpretación de lenguas, dedica el capítulo “4. América hablada, América hablante” (pp. 91-112), mientras que en “5. La lengua por las paredes” (pp. 113-133) presenta, como ejemplo del traducir y del mantener una lengua antigua en la proximidad de las que van creciendo, la relación de las inscripciones que aún campean en las paredes del castillo de Montaigne (condicionado en 1571, que ocupa a los 38 años y que le sirve de refugio donde escribir sus *Essais*), y que recuerdan a las *inscripciones parietarie pompeianae*. A su admirado Roland Barthes, y a la revisión que hizo de sus versiones, dedica “6. Barthes gran reserva” (pp. 135-150). En “7. Traducir la vida” (pp. 151-161) revela parte de sus encuentros y coloquios con un autor, Barthes, del que solían decir que era “fuertemente contaminante”, y en “8. El *semblant* de Lacan” (pp. 163-188) se detiene en otro de los autores a los que más ha traducido, atendiendo, entre otras cuestiones, a los sentidos contextuales. El último capítulo, “9. Huellas y cicatrices” (pp. 189-208), ofrece un repaso a “otras cuatro esquinas de

la mirada sobre el texto, sobre la traducción”, en un intento por mostrar “los dibujos, lo raspado, las hechuras de los textos que traducimos”. El volumen se completa con dos capítulos prácticos: “Pablo Marinas comenta *Tenebrae* de Celan y sus versiones” (pp. 209-217) y “Traducir cantando: versiones de Brassens” (pp. 219-235). Confiesa el autor que una de sus más ricas experiencias traductorales es la versión que está haciendo con un grupo de amigos, y con su hijo Pablo Marinas Rodríguez, de las canciones de Georges Brassens, que aquí quedan ejemplificadas. Es su hijo, pues, al que califica de “exquisito políglota”, el que cierra el conjunto.

Celebramos la aparición de un nuevo libro sobre el apasionante ejercicio de la traducción, ejercicio que nos atrae con una fuerza incontenible, presentado de una forma tan personal y cautivadora. “Traducir es hallar un camino único, propio, equidistante de la amistad aparente y de la subordinación a la lengua que manda. Por eso apasiona. Es como intentar poner en palabras el encuentro con alguien que te sorprende. No puedes, no sabes, no aciertas: pero no puedes dejar de intentarlo” (p. 9). Y es que, como dijo Umberto Eco, la lengua de Europa es la traducción.

Antonio López Fonseca

<https://orcid.org/0000-0002-9439-0411>